

## RONCESVALLES / ORREAGA

Pocas localidades tienen tanta capacidad de evocación del medievo como Roncesvalles. En el año 778 la retaguardia del ejército de Carlomagno, de regreso a Francia tras una desafortunada intervención hispánica, fue derrotada en combate que alcanzaría eco en todo Occidente gracias al *Cantar de Roldán*. Aunque el lugar exacto de la batalla constituye un tópico de discusión entre historiadores, ya en el siglo XII la tradición épica lo había localizado en un paso pirenaico que venía siendo utilizado desde época prehistórica, había quedado consolidado en tiempos de los romanos y mantuvo su vialidad durante la Alta Edad. Media. Conforme se consolidaba el Camino de Santiago, especialmente durante el siglo XI, los itinerarios que atravesaban Francia y el norte de la Península cristalizaron en una serie de vías prioritarias, aquellas cuatro que menciona el *Códice Calixtino* hacia 1140, de las cuales tres confluyen justo a los pies del trance más penoso para el mayor contingente de jacobitas, es decir, el paso de la cadena montañosa que separaba la Península del resto del continente europeo. "Altos son los montes, tenebrosos y grandes, los valles son profundos y violentas las aguas", describía el cantar; "su altura es tanta que parece tocar el cielo, al que lo escala le parece que puede alcanzar el cielo con la mano" se asombraba Aimeric Picaud. Ese lugar es Roncesvalles, en la vertiente meridional de los collados, allí donde Roldán habría hendido la piedra con su espada antes de morir, allí donde el emperador de la barba florida lloró la pérdida de la flor de Francia, donde habría edificado una capilla que recordara la muerte de tantos valientes. Para las gentes románicas no cabía la duda: en la plana de Burguete habría tenido lugar la batalla, en Roncesvalles estaba el "Hospital de Roldán", Valcarlos recibía ese nombre porque allí habría estado el campamento del emperador y en Ibañeta estaba la Cruz de Carlomagno, donde los francos habrían abierto camino con sus hachas y donde el gran Carlos habría rezado mirando hacia Galicia. La simbiosis entre Roncesvalles y la Calzada es total. La colegiata nació y vive todavía volcada en la atención a los peregrinos. Aún hoy son muchos los que acuden a este enclave para dar inicio a su recorrido jacobeo.

Roncesvalles es una villa emplazada en la vertiente sur de la cadena montañosa, en un lugar idílico los días soleados, que son los menos. Con frecuencia nieblas, lluvias y nieves envuelven los hermosos montes y valles que la circundan, haciéndonos entender los motivos que propiciaron la fundación de la institución hospitalaria. Dista 47 km de Pamplona, con la que la une la N-135.

Hallazgos arqueológicos confirman el paso de romanos y de viajeros altomedievales, antes de que la fundación hospitalaria determinara su preeminencia entre los otros pasos del Pirineo Occidental. Documentos y referencias literarias se hacen lenguas del peligro que suponían nieves y lobos, por no hablar de los a veces agresivos lugareños. El obispo de Pamplona Sancho de Larrosa, consciente de la conveniencia de facilitar el tránsito por las cumbres, lo dotó de una hospedería que quedó a cargo de una cofradía fundada en 1127. Al parecer, la ubicó primero en la zona alta, junto a la capilla de Ibañeta. La experiencia aconsejó trasladarla al pie de los montes, donde probablemente estaba ya en 1132. Un miembro del cabildo catedralicio pamplonés dirigía a los cofrades desde antes de 1137. Tal es el origen de la colegiata, vinculada a la catedral de Pamplona y atendida por canónigos que vivían bajo la regla de San Agustín. Las rentas eclesiásticas con que fue dotada garantizaron su prosperidad y la atención a los viajeros. Casi desde el principio las recibió en los cercanos valles de Aézcoa y Erro, pero con la generosidad de numerosos donantes su dominio se extendió no sólo por el reino navarro, sino por diversos enclaves de Europa Occidental, alcanzando propiedades en toda la Península, Francia, Inglaterra e Italia. Con tales bienes pudieron atender a miles de viajeros durante

siglos. Su número es difícil de calcular. En el siglo XVII, tiempo de decadencia en la peregrinación jacobea, se alcanzaban las 30.000 raciones entregadas a viajeros anualmente.

Aunque la mayor parte de las construcciones medievales y del riquísimo tesoro artístico medieval de la Colegiata corresponde a época gótica (su iglesia es una de las más perfectas manifestaciones del gótico parisino en España), quedan de época románica la capilla del Espíritu Santo y vestigios de los muros del primitivo hospital. En cambio, apenas nada sabemos de la iglesia que vio el autor del Calixtino en la primera mitad del siglo XII.

## Capilla del Espíritu Santo

LAS PRINCIPALES EDIFICACIONES de Roncesvalles se extienden a ambos lados del camino de peregrinos, que al llegar al llano toma dirección norte-sur. Un tanto separada de la iglesia colegial, en la salida de la población, se encuentra una construcción muy particular, la capilla del Espíritu Santo también llamada Silo de Carlomagno. Recibe este apelativo por creer la tradición que fue encargada por el propio emperador para enterramiento de los francos muertos en la batalla, pero en realidad consiste en un carnario o enterramiento colectivo culminado por una capilla.

Se trata de la construcción más antigua de las que actualmente integran el complejo hospitalario. Aunque el padre Fita afirma que fue construida a expensas de Alfonso el Batallador (1104-1134), no hay nada en ella que remita a cronología tan antigua. Algunos autores la han identificado con la iglesia que menciona Aimerico Picaud en el capítulo VII del *Liber Sancti Iacobi*: "en el descenso del monte se encuentra el hospital y la iglesia en donde está el peñasco que el poderoso héroe Roldán partió con su espada de arriba debajo de tres golpes".

Como era de esperar, carecemos de documentación alusiva a su ejecución, pero afortunadamente una descripción de comienzos del siglo XIII nos habla de su aspecto y de su uso. Forma parte del poema latino en alabanza al centro hospitalario contenido en el códice llamado *La Preciosa*, fechado por los especialistas entre 1199 y 1215. Merece la pena transcribir enteras las estrofas que le dedica: *Mortuorum carnibus eo quod aptatur / A carne carnarium recte nuncupatur / Angelorum agmine sepe visitatur / Ore audientium eos hoc probatur / Est huius basilice medio preclarum / Altare contagia purgans animarum / Fit ibi misterium regum Regicarum / Tenebrarum principi nimis est amarum / Iacobite Iacobum pie requirentes / Sua secum Iacobo munera ferentes / Sepulture machinam circumspectantes / Laudes Deo refferunt genua flectentes / Huius est materia undique quadrata / Quadrature summitas est orbiculata / Cuius in pignaculo Crucis est parata / Forma per quam rabies hostis*

*iacet strata*. La parte correspondiente a la edificación fue traducida un tanto libremente por Torres Balbás: "Este monumento es cuadrado por todos sus lados; la parte más alta está redondeada (o en forma de cúpula) y en su remate hay una cruz, signo de derrota para el príncipe de las tinieblas".

De esta remota descripción pasamos a otras muy posteriores. Jerónimo Münzer en su itinerario hispánico de 1494 escribe acerca de una gran capilla emplazada fuera de la colegiata, donde habían sido enterrados los muertos en la batalla, lo que le causó gran impresión (*extra monasterium capellam unam magnam, in qua multa milia Christianorum a Saracenis interfectorum tempore Karoli [...] Horribile est videre*). Resultan muy valiosas las líneas que le dedicó el licenciado Huarte, que llegó a prior de la colegial, a comienzos del siglo XVII en su pormenorizada relación de todo lo referente a la institución hospitalaria. Habla de la Capilla del Espíritu Santo como "un gran silo, cueva o carnario, que algunos llaman carnero, que se llama sepultura de franceses porque en ella fueron sepultados los cristianos... Tiene alrededor un claustro pequeño en cuyas paredes hay muchas pinturas de batallas y apariciones de ángeles tan viejas y gastadas que casi no se divisan (...) tienen las pinturas centenares de años y es bien grosera, a la antigua, y por su demasiada antigüedad están como se ha dicho muy gastadas". Resulta de especial interés el poder constatar que para entonces ya existía la arquería exterior, cuya cronología ha sido objeto de controversia entre diferentes estudiosos, puesto que mientras algunos la consideran románica y otros gótica, Torres Balbás cree que se hizo hacia 1600. Nueva descripción encontramos en el padre boloñés Domenico Laffi, realizada en 1670-1673, algo más pormenorizada ya que menciona su culminación en una cúpula en pirámide. En cuanto a los murales, estos autores del siglo XVII especifican que "todo estaba pintado en claroscuro", lo que convendría a decoraciones del XVI ejecutadas en grisalla, como los que decoraron el Palacio de Óriz

(Museo de Navarra), pero también a pinturas murales que hubieran perdido su color, como las del árbol de la vida del siglo XIV que hubo en el claustro catedralicio de Pamplona (también hoy en el Museo de Navarra). Entre la capilla y el muro exterior había sarcófagos y piedras tumbales en mal estado. Al parecer, las arcadas del claustro estaban parcialmente tabicadas ya en 1707, según publicó Daniel en su *Histoire de France*, y así llegaron hasta el siglo XX, puesto que igualmente tabicadas las vio Torres Balbás, antes de su restauración, llevada a cabo bajo la dirección de Pons Sorolla en 1978 con motivo de la conmemoración del centenario de la batalla.

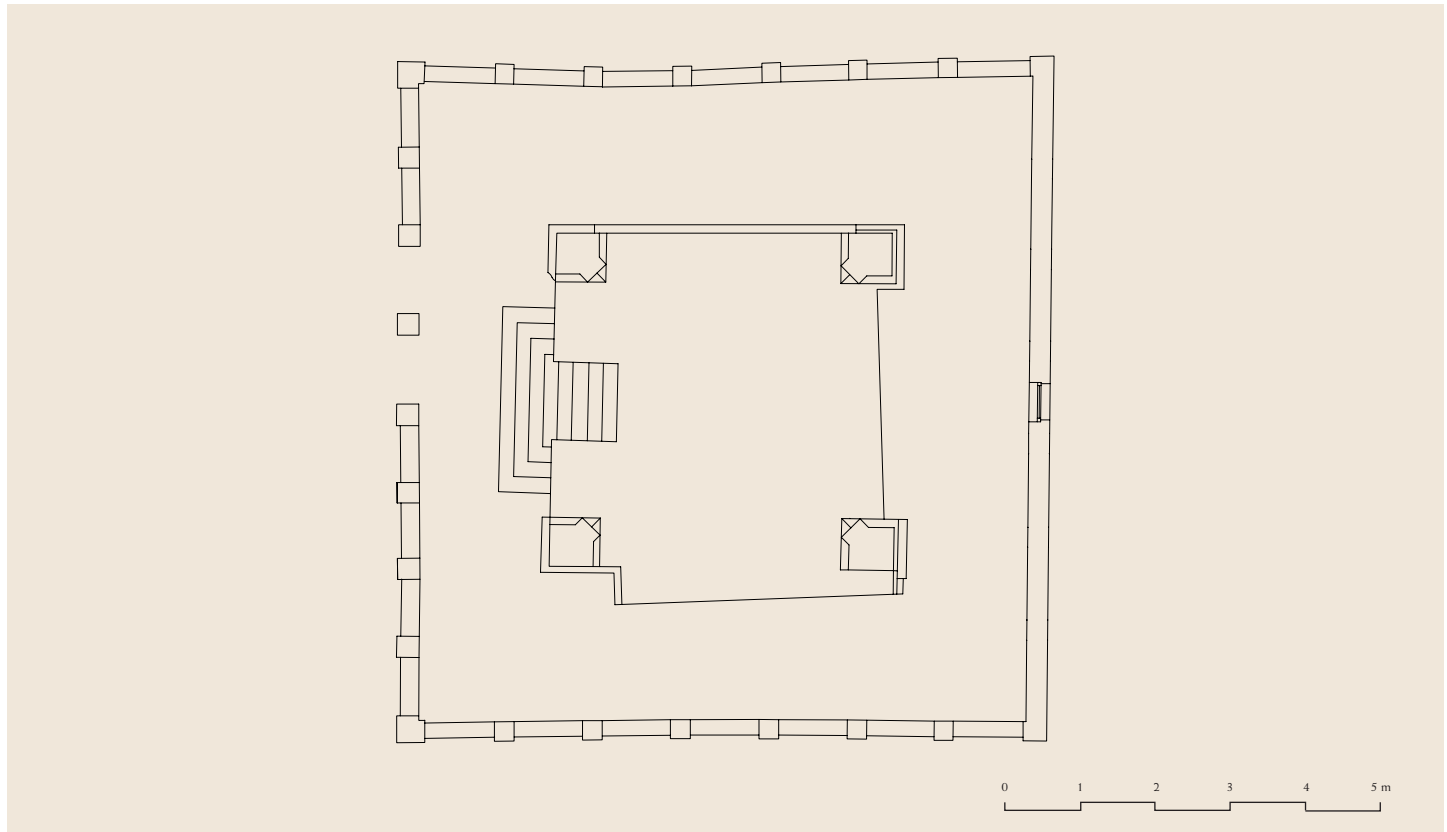
La documentación prueba que la capilla ha tenido como finalidad principal servir de enterramiento y oratorio donde rezar por los fallecidos, tanto peregrinos como vecinos de la localidad. Pero a este uso se ha unido el con-

memorativo vinculado a la memoria de los muertos en la batalla del 778. Efectivamente, aunque desde antiguo se ha afirmado el traslado de los cuerpos de los principales paladines a otros santuarios franceses, sin embargo se forjó la leyenda de que el edificio había sido construido por Carlomagno para dar digna sepultura al mayor contingente de los vencidos. Durante siglos los peregrinos, especialmente los franceses, han honrado aquí su memoria e incluso han tomado huesos del osario a manera de piadoso recuerdo de sus antepasados. Algunos viajeros han dejado testimonio de que sacaban del pozo restos óseos que creían de tamaño superior al normal, lo que atribuían a la fortaleza de aquellos legendarios guerreros.

No resulta fácil llevar a cabo un análisis riguroso de la edificación, en cuanto que su actual fisonomía es producto de impulsos constructivos y restauradores sucesi-

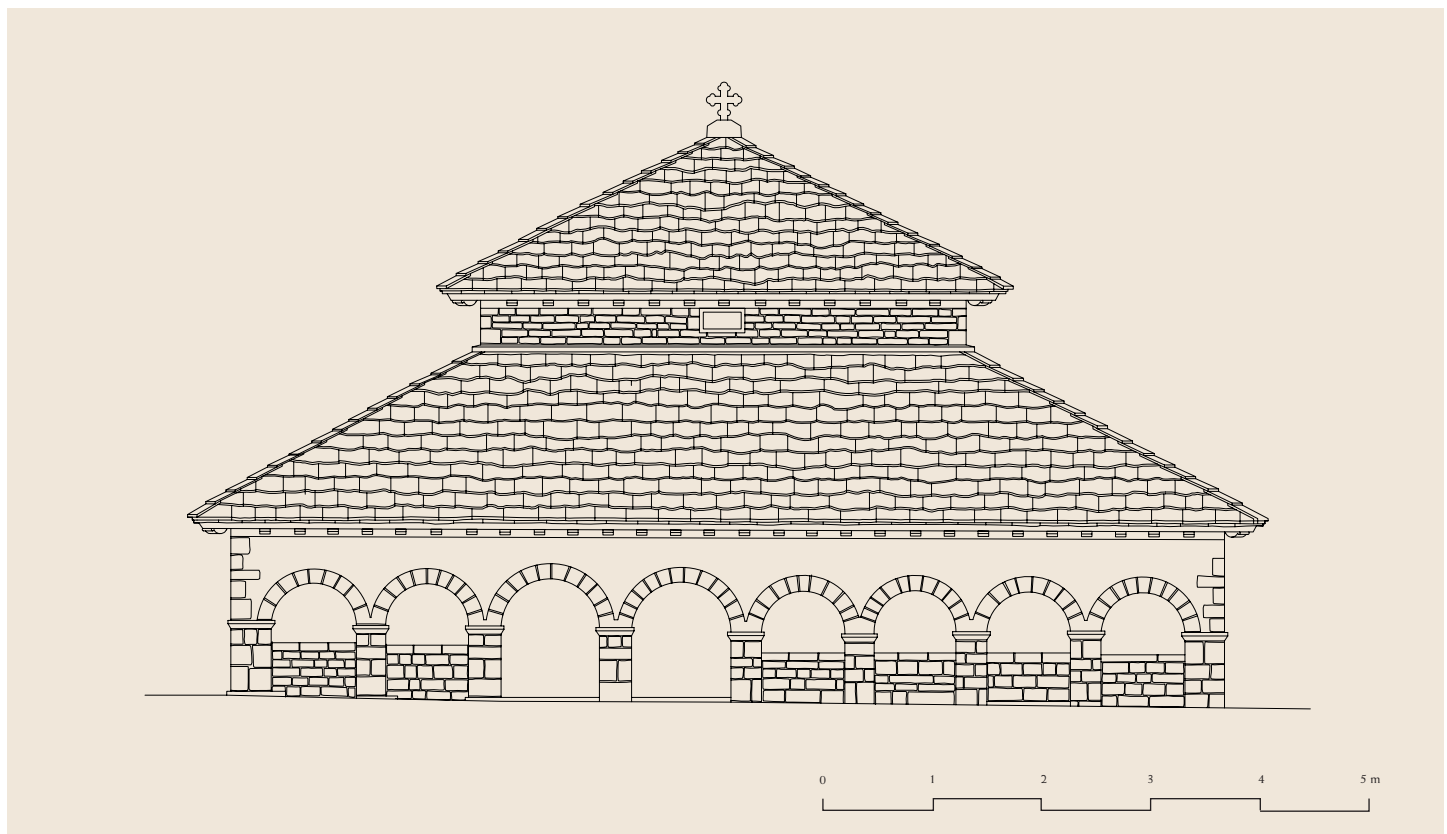
*Capillas del Espíritu Santo y de Santiago*

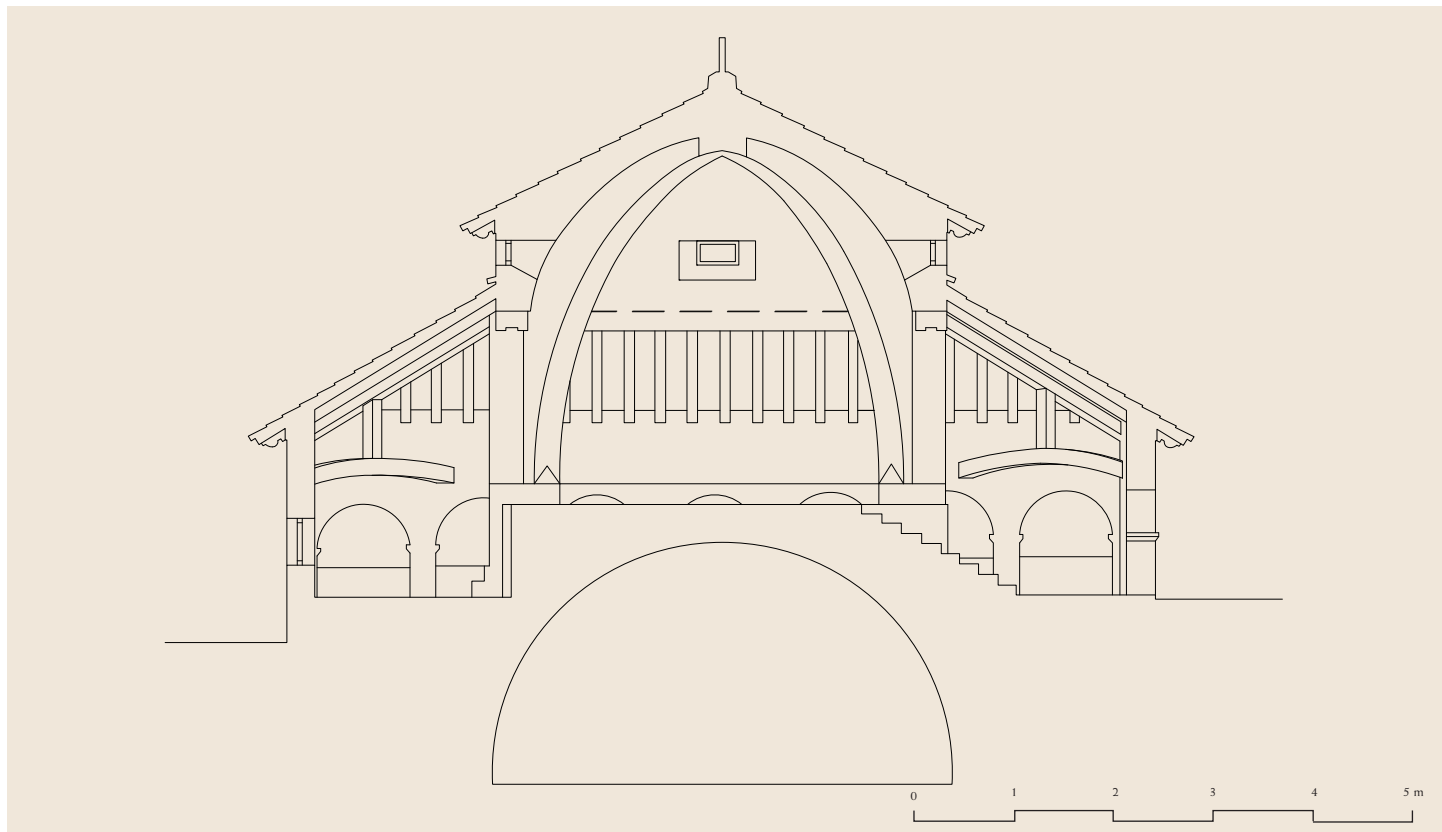




*Planta*

*Alzado*





Sección longitudinal

vos. Está formada por dos partes diferenciadas, si bien perfectamente integradas en un conjunto que responde a un plan centralizado. Como elemento básico encontramos un núcleo central casi cuadrado, constituido por un pozo de 8,80 x 8,60 metros de lado y profundidad comprobada de 9 m y supuesta de 12 m, cuyas paredes sobresalen aproximadamente 1,50 m por encima del nivel del suelo. Fue ejecutado con muros de mampostería y se cubre con tosca bóveda de medio cañón realizada con el mismo aparejo. Sobre este núcleo se alza la capilla propiamente dicha, formada por una sencilla estructura constituida por dos potentes arcos de sección rectangular, que trazan un perfil de aspecto parabólico y arrancan de las esquinas del carnario para intersecarse formando una crucería simple a 6,79 m de altura. Ambos arcos descansan en cuatro sólidos pilares emplazados en los ángulos y no generan contrafuertes. El arquitecto restaurador apreció que primero se edificó el arco NO/SE completo y luego el SO/NE en dos mitades hasta apoyar en el anterior. Este sistema de edificación sucesiva de arcos entrecruzados también fue empleado en la bóveda de Torres del Río. La capilla aparece en la actualidad abierta en sus frentes, ya que Pons Sorolla pensó, como antes había hecho Fuentes,

que los muros que la cerraban, "alzados con mampostería y barro o morteros pétreos con armadura de madera que apoya en los esquinales, incluso rompiendo algún sillar" según la memoria de intervención, habían sido añadidos, por lo que los suprimió en la restauración. Dispone en su centro de un altar, como también contaban las fuentes antiguas (confundido por viajeros del siglo XVIII con la sepultura de Roldán).

En torno a este núcleo se organiza un cierre de arcadas de medio punto sobre pilares con moldura marcando la línea de impostas. Está separado del pozo y capilla por ánditos de entre 3,30 y 3,80 m. El enlucido oculta el aparejo, pero se advierten cadenas de sillares en los ángulos, con apariencia más moderna que medieval. Los frentes norte y sur, de unos 16 m de lado, presentan siete arcos de luces variables entre 1,40 y 1,50 m. que incluyen muretes hasta media altura, por debajo de la línea de impostas, y reja en el resto. El oriental es macizo, mientras que el occidental ofrece dos vanos liberados de muro y cerrados con reja (1,65 y 1,70 m) entre dos con murete al norte y cuatro al sur. Toda esta galería de arcadas, como ya se ha indicado, estuvo tabicada hasta la restauración de 1978. La cubierta, hasta dicha intervención, era continua a cuatro

aguas. Actualmente se interrumpe a media altura formando dos faldones diferenciados en cada cara separados por un murete en que se han abierto orificios rectangulares. La cubierta interior va sostenida por vigas de madera a la vista en un entramado de carpintería popular que Pons Sorolla quiso semejante al existente antes de su intervención. En la cúspide, hoy como hace ochocientos cincuenta años vemos una cruz de piedra.

En distintas zonas de la capilla encontramos restos de pinturas y esculturas de época medieval, entre ellas una labra románica, aparecida en el muro de cierre, con rústicas cabezas humanas en las esquinas y decoración de entrelazo en los frentes. Las restantes son góticas.

Estamos, por tanto, ante un edificio de planta central. Su utilización como osario conecta con la tradición de templos centralizados con funciones funerarias, existentes desde los primeros tiempos del cristianismo y herederos de

obras mucho más antiguas donde también se estableció un nexo entre la planta central y el mundo de la muerte. Por este hecho, la capilla del Espíritu Santo fue puesta en relación por Lambert con los otros dos edificios románicos navarros de planta central situados en el Camino de Santiago: Eunate y el Santo Sepulcro de Torres del Río, bajo la común denominación de "capillas funerarias". El gran historiador francés supuso, sin base, que el Espíritu Santo habría culminado en origen en una linterna de muertos, lo que también se predicaba de Eunate. El intento por relacionar los tres edificios perdió sus argumentos cuando se intervino primero en Eunate, donde quedó claro que nunca había existido un edículo superior semejante al de Torres de Río, y más tarde en Roncesvalles, en cuya cubierta tampoco se hallaron restos de ninguna linterna. Además, recordemos que *La Preciosa* indica claramente que en la parte superior había una cruz, no un edículo. Sin

*Interior de la capilla del Espíritu Santo*



embargo, es este poema el que ha servido recientemente a Plault para hablar otra vez de una linterna de muertos en Roncesvalles, a partir de una lectura equivocada de uno de los versos, pues cree que alude al Espíritu Santo cuando en realidad está describiendo las salas del hospital, iluminadas de noche mediante lámparas.

Está claro que Roncesvalles responde a una tipología completamente distinta a la de Torres y Eunate, unidos por su planta octogonal absidada. La capilla del Espíritu Santo ha tenido como finalidad, desde el principio, servir de lugar de enterramiento colectivo: *machina sepulture* la llamaba el poema latino de comienzos del XIII. La razón de su existencia aquí es fácil de entender. Que estamos en un lugar de clima riguroso no precisa demostración documental. Todavía en la actualidad se dan inviernos en que la nieve y el hielo cubren Roncesvalles durante semanas. El documento que nos refiere la fundación de la cofradía recuerda los fallecimientos derivados de la dureza del clima y de los ataques de los lobos. No debían ser raros tampoco las muertes de viajeros exhaustos o enfermos a causa del viaje de ida o de regreso, o bien de víctimas de ataques de salteadores (el *Códice Calixtino* expone prácticas agresivas de algunos lugareños hacia los viajeros), o incluso de quienes perdían su rumbo en las tormentas (todavía hoy mueren peregrinos por esta circunstancia). El pozo y su entorno proporcionaban lugar de enterramiento al que siempre se podía acudir, aún en las circunstancias más duras, convenientemente apartado de la colegiata pero no tanto como para ser de difícil acceso. En resumen, un lugar atípico apropiado para circunstancias asimismo atípicas. Ahora bien, la tipología en sí no resulta única en el panorama medieval europeo, puesto que pertenece a una tipología conocida, la de los carnarios en forma de pozo de enterramiento colectivo que existían en determinados cementerios, preparados para recibir a quienes morían sin recursos. Este tipo de carnarios aparecen en otros lugares de Europa, generalmente miden unos 5 o 6 m de lado por 10 de profundidad; abundaron a partir de las grandes mortandades del siglo XIV. Dicen que algunos llegaban a contener entre 1.200 y 1.500 cadáveres. Justamente los peregrinos eran en su mayoría gentes con recursos limitados, alejados de su patria y de quien pudiera cuidar de dar sepultura apropiada a su cadáver. El llamado Silo de Carlomagno servía a este fin: era un lugar digno donde reposar, con el beneficio espiritual que significaba el que los canónigos rezaran expresamente por los allí enterrados. Aunque no constan referencias de sus primeros tiempos, en el siglo XVII se mantenía la costumbre de que si algún peregrino fallecía en la enfermería de Roncesvalles, los capitulares



Interior de la capilla del Espíritu Santo

lo enterraban en el Espíritu Santo, celebrando uno de ellos la misa con asistencia de los demás y de los racioneros. Un inventario de 1587 menciona que había un altar con un retablo antiguo y doce sillas para los canónigos, y habla de la capilla subterránea "donde, dice, es el entierro de los doce pares y gente de guerra, que con ellos murieron". A ello hay que añadir la creencia, expresada en el texto de *La Preciosa*, en que era lugar frecuentado por los ángeles.

En cuanto a su cronología, una vez descartada su identificación con la iglesia citada en el *Codex Calixtinus*, han de ser sus elementos arquitectónicos y ciertas referencias escritas los que proporcionen base para su datación. Por supuesto, hemos de descartar su ejecución por Carlomagno. El término *ante quem* lo aporta el poema contenido en *La Preciosa*. La referencia es muy concreta: edificio cuadrado redondeado en su parte superior; indudablemente describe nuestra capilla. Por tanto, ya estaba concluida cuan-

do se redactó el poema, que suele fecharse entre 1199 y 1215. Y en esas fechas tenía cúpula o arcos en su parte superior (Pons Sorolla entendió que los arcos cruzados habían sido añadidos en el siglo XIV o XV a un carnario preexistente). El término *post quem* lo proporcionan los elementos arquitectónicos y muy concretamente la bóveda de crucería sencilla formada por dos gruesos nervios de sección cuadrangular notablemente apuntados. Este tipo de nervios es empleado en la arquitectura navarra del último tercio del siglo XII y primeros años del XIII. Lo vemos

en edificaciones cuidadas como las capillas laterales de La Oliva, alzadas muy probablemente entre 1164 y 1180 por un maestro que vino de Santo Domingo de la Calzada. En el mismo entorno creativo hay que citar las bóvedas más antiguas de Irache y las del semisótano de la nave del río del Palacio Real de Pamplona. Por su sencillez cabe pensar que se realizó antes de que llegaran a Roncesvalles las formas góticas instauradas a partir de la edificación de la iglesia colegial, a partir de 1210. Por tanto, una datación entre 1170 y 1210 parece la más acertada.

## Vestigios del Hospital

EL POEMA ANTERIORMENTE CITADO, *La Preciosa*, no ahorra alabanzas a la hospitalidad con que eran acogidos los peregrinos. Esa era la razón de existir de Roncesvalles, por lo que no ha de extrañarnos que se emprendiera una gran edificación con tal fin. El paso de los siglos trajo como consecuencia la construcción de nuevos edificios hospitalarios, ya en época moderna, de tal forma que del más antiguo tan solo nos ha llegado un muro cuyas dimensiones evidencian que se trató de una fábrica sencilla pero monumental. Dicho muro se encuentra enfrente de la puerta principal de la iglesia colegial y se extiende en dirección aproximada Este-Oeste. Está construido con sillares de mediano tamaño. Dispone de una puerta tapiada más o menos en el centro y son reconocibles las primeras hiladas (o las cajas que las contuvieron) de los arcos de diafragma, cuatro a cada lado de la puerta. Las que están en mejor estado presentan una ménsula curva que sostiene un cimacio liso del que arrancaba el arco propiamente dicho. El vano de ingreso está culminado en su parte interior por un arco rebajado, pero al exterior se manifestaba mediante un elemento hoy no visible (¿dintel o tímpano?) sostenido por ménsulas curvas achaflanadas y rematadas en una especie de cimacio. También parece presentarse achaflanado el frente del vano. La composición resulta muy semejante a la empleada en las puertas principales de las dos naves del Palacio Real de Pamplona, edificado a finales del siglo XII con una estructura muy parecida, dado que la mayor de ellas constaba de un gran espacio rectangular con ocho arcos de piedra transversales que sostenían una cubierta de madera. En octubre de 1997, con motivo de la realización de obras en su entorno, fue liberada mediante excavación buena parte de su cara septentrional, lo que permitió ver que disponía de contrafuertes a distancia uniforme, que

servían para contrarrestar los empujes de los arcos transversales que habrían constituido su cubierta. Posteriormente estos restos fueron de nuevo tapados a la espera de alguna intervención futura. También por las mismas fechas estaban a la vista, como consecuencia de las correspondientes excavaciones, las primeras hiladas del muro que corría paralelo al sur, con sus correspondientes contrafuertes. Estos restos permanecen hoy bajo el jardín al Oeste del claustro. En la puerta se ve una marca de cantero, una A con marcado trazo horizontal superior, que nos recuerda a algunas empleadas en edificaciones de finales del XII y comienzos del siglo XIII.

Visto en conjunto, es indudable que nos encontramos ante los restos de lo que fue un edificio monumental, de unos 550 m<sup>2</sup>. Suponemos que su aspecto interior se asemejaría al de otra edificación medieval, Itzandegúia, que tras la pertinente restauración ha recuperado su aspecto original de nave única con arcos transversales que sostenían una cubierta de madera. Este era el tipo más frecuente en las edificaciones hospitalarias medievales navarras, como prueban otros restos llegados a nuestros días mejor o pero conservados (Larrasoña, Velate, etc.). La fuente que proporciona más noticias sobre el aspecto original del gran hospital de Roncesvalles, conocido en la Edad Media como "la Caritat", vuelve a ser el poema *La Preciosa*, que se refiere a su estado en época románica, a comienzos del siglo XIII. La denomina *Domus hospitalis* y menciona la existencia de dos casas para los enfermos, una para mujeres y otra para hombres (*Dua sunt aptissime domus infirmorum / Quarum una feminis, altera virorum / Deputatur usibus, voluptati quorum / presto sunt per omnia genera bonorum*), iluminadas de día por la luz divina y de noche por lámparas que semejaban la luz matutina, de lo que deducimos que estaban bien dotada de ventanas (restos de una ventana fueron reconocidos en el





Interior del muro septentrional del antiguo hospital de la Caritat durante las excavaciones de 1997

muro liberado en 1997). Tenían en medio un altar en que eran veneradas las santas Catalina y Marina (*Infirmorum domibus die lux divina / Nocte splendent lampades, ut lux matutina / Est altare medium, in quo Catherina / Veneratur iugiter, simul et Marina*). Las estancias estaban dotadas de lechos bien dispuestos (*Requiescunt mollibus lectis et ornatis*) y habla también de un almacén de frutos (*Est in eis camera fructibus ornata*). Nada de todo ello puede rastrearse en lo que ha llegado a nuestros días, puesto que sólo son reconocibles la puerta y el muro citado.

En cuanto a su cronología, tan escasos restos no permiten avanzar mucho desde el análisis de su materialidad. Otra vez volvemos a *La Preciosa* para encontrar un dato valioso: el comienzo de los cimientos del hospital en 1132. En efecto, la expresión *Hospitalis fieri cepit fundamentum / Quod iter agentibus est operimentum* parece referirse al comienzo de la materialidad de un edificio hospitalario (aunque podría entenderse también como el inicio de la institución hospi-

talaria y no estrictamente de la construcción). Ahora bien, no necesariamente alude a aquel del que formaba parte el muro que hemos comentado. Ya hemos dicho que la edificación navarra materialmente más cercana es la llamada nave del jardín del Palacio Real, de finales del siglo XII, que coincide en su estructura y en la disposición interior de su puerta. Además, la Caritat está enfrente de la iglesia edificada por Sancho el Fuerte en los primeros años del siglo XIII y su monumentalidad se correspondería mejor con el empeño que produjo el templo gótico, tan singular en el panorama hispano. Un último elemento, concretamente el modo como quedan achaflanadas las ménsulas y el vano de la puerta, no es habitual antes de 1200, por lo que, a la espera de nuevos elementos que permitan afinar más, proponemos para esta obra una ejecución en las primeras décadas del siglo XIII.



Cimentación del muro meridional del antiguo hospital de la Caritat hallado en las excavaciones de 1997

Muro septentrional de la Caritat descubierto durante las excavaciones de 1997



Interior de la puerta septentrional del antiguo hospital de la Caritat

### Bibliografía

- ALTADILL, J., s. a., II, pp. 457 ss; ARIÉS, P., 1977, pp. 62-63; BANGO TORVISO, I. G. (dir.), 2006, pp. 728-729; BURGO, M. A. del, 1978; CMN, IV\*\*, 1992, pp. 342-344; DUBARAT, V. y DARANATZ, J. B., 1929; FERNÁNDEZ-LADREDA AGUADÉ, C., 1989, pp. 69-72; FERNÁNDEZ-LADREDA AGUADÉ, C., 1991, p. 138; FERNÁNDEZ-LADREDA, C., MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J. y MARTÍNEZ ÁLAVA, C. J., 2002, pp. 297-298; FITA, F., 1884, p. 172; FUENTES Y PONTE, J., 1880, pp. 125-246; *GEN*, voz "Roncesvalles", 1990, pp. 39-49; HUARTE, J. de, ms. h. 1620; IBARRA, J., 1936, *passim*; JIMENO JURÍO, J. M., 1969b; LAMBERT, E., 1935, pp. 38-41; MADRAZO, P. de, 1886, I, pp. 407-472; MAÑÉ y FLAQUER, J., 1878, I, pp. 325-354; MARTÍN DUQUE, A. J. *et alii*, 1991, pp. 138-139; MARTINENA RUIZ, J. J., 1979; MARTÍNEZ ALEGRÍA, A., 1921, pp. 288-294; MARTÍNEZ ALEGRÍA, A., 1956; MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J. y GIL CORNET, L., 2004, p. 91; MIRANDA GARCÍA, F. y RAMÍREZ VAQUERO, E., 1999, pp. 21 y 34-37; MORALEJO, A., TORRES, C. y FEO, J., 1951, pp. 518-519; NAVALLAS REBOLÉ, A. y LACARRA DUCAY, M. C., 1986, pp. 159-160; OSTOLOZA, I., 1978, *passim*; PLAULT, M., 1988, p. 132; PONS SOROLLA, F., 1978, pp. 59-77; SAGREDO MENDILUCE, J. M. y MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J., 1999, pp. 54-59; SARASA, H., 1878, *passim*; SORIA Y PUIG, A., 1992, pp. 45-68; TORRES BALBÁS, L., 1945, pp. 371-404; VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA, J. M. y URÍA RIU, J., 1948, II, pp. 89-91 y III, pp. 66-70; URANGA GALDIANO, J. E. e ÍÑIGUEZ ALMECH, F., 1973, II, 19-21 y 157.